

## 125 hectáreas de Arte

Château La Coste, un paisaje de arquitecturas

Cuando abrió al público, en el verano de 2011, lo hizo sin fiesta de inauguración ni comunicados de prensa. Desde entonces, Château La Coste mantiene una condición de lugar recóndito, al que se accede por carreteras comarcales, a través de bosques y campos de cultivo. El aparente aislamiento, sin embargo, no ha impedido que bajo su sello se consolide una influyente colección de arte y arquitectura, y se construyan los escenarios de las consideradas como citas ineludibles de la cultura internacional.

Una de las primeras muestras de su existencia la encontramos en agosto de 2010, cuando el estudio de Junya Ishigami era galardonado con el León de Oro al mejor proyecto en la Exposición Internacional de Arquitectura, organizada por la Bienal de Venecia. La instalación, construida con filamentos de fibra de carbono tan finos y delicados que eran apenas visibles, colapsó horas antes de la apertura a la prensa. Días después, el jurado internacional reconocía cómo su autor había llevado “al extremo los límites del materialismo, la visibilidad, la tectónica, la ligereza y la misma arquitectura.” Aquellos visitantes que no fueron capaces de apreciar la sutileza de tal intervención, encontraron en su defecto el imponente orden espacial de la Corderie dell’Arsenale y una placa en la que se leía: *Architecture as Air: Study for Château La Coste*. El proyecto de Ishigami era, además, un estudio a escala real para uno de los pabellones que el promotor y empresario irlandés Paddy (Patrick) McKillen va a construir en un viñado de su propiedad situado en el sur de Francia: Château La Coste.

Aunque a estas alturas no resulta sorprendente que las bodegas se vistan de arquitectura de autor, McKillen ha conseguido reformular un modelo de negocio en el que parecía estar todo inventado. En el momento en que compró las casi 125 hectáreas de Château La Coste, sus vinos estaban lejos de ocupar las primeras posiciones en las listas de los mejores. McKillen supo agregar valor al producto a través del capital simbólico de la arquitectura, el arte y el equilibrio sostenible, transformando el proceso de elaboración según principios biodinámicos, y las instalaciones empleando tecnología y arquitectura exclusivas. El arquitecto Jean Nouvel se encargaría de diseñar el edificio principal de producción, unas naves de directriz semicircular, estructura de acero y envueltas por una piel brillante de aluminio, que se muestran como expresiones retóricas del equilibrio entre las célebres categorías vitruvianas: firmitas, utilitas, venustas.

Al finalizar las obras, en 2008, McKillen vio confirmado el potencial de la experiencia estética de la arquitectura en este enclave de la Provenza. Tadao Ando fue el siguiente en ser invitado a soñar con Château La Coste. Primero con el pabellón *Four Cubes To Contemplate Our Environment* (2008), una suerte de caja de resonancia que amplifica la experiencia sensorial del paisaje cercano, y que fue construido específicamente para albergar una instalación –también diseñada por Ando– donde se reflexiona sobre los efectos de nuestras acciones en el medio ambiente. Mas tarde, en 2011, el arquitecto japonés recibía el encargo del *Art Centre*, la rehabilitación de la *Capilla de St. Gilles* y la construcción de los asientos *Origami* –desperdigados por el parque a modo de altos en el camino. En todos ellos, y a través de su gramática habitual de muros y el manejo escenográfico de la luz, Ando dirige un *pas de deux* entre la construcción modesta y precisa y la belleza agreste.

No todas las arquitecturas de Château La Coste son de nueva construcción. La incorporación de las viviendas 9x6 y 6x6 de Jean Prouvé y una casa de Té vietnamita, ha contribuido a que la bodega sirva también como repositorio de arquitecturas desarraigadas, al que ha llegado a parar incluso el *Music Pavilion* de Frank Gehry, originalmente erigido como pabellón temporal de la Serpentine Gallery en 2008. McKillen, amigo y admirador del arquitecto, había financiado parcialmente la construcción en Kensington Gardens y, al finalizar aquel verano, aseguró su retiro y supervivencia en el sur de Francia. Aún son visibles las anotaciones que permitieron reconstruir la estructura tras haber sido desmontada y transportada desde Londres. Curiosamente, su cubierta fragmentada, construida por tirantes metálicos, vigas de madera y planos de vidrio según un orden

estructural de apariencia inestable, lo convierte en una de las piezas que mejor dialoga con ese paisaje de viñas y estacas donde trata de resistir el paso del tiempo.

La arquitectura no solo comparte protagonismo con las cepas de Vermentino, Chardonay o Sauvignon, sino también con piezas de Alexander Calder, Hiroshi Sugimoto, Tom Shannon, Louise Bourgeois o Richard Serra, que completan una *promenade* en la que, sin embargo, la tensión narrativa la dictan no tanto las intervenciones de arquitectos y artistas como las variaciones en la topografía, el tipo y densidad de la vegetación o la alternancia de lugares expuestos y umbríos. Son obras como *Portals* de Tunga (2011), *Meditation Bell* de Paul Matisse (2011), Oak Room de Andy Goldsworthy (2009) o la capilla de Tadao Ando (2011), las que llegan a definir momentos de gran intensidad en los que el arte parece haberse fusionado con la naturaleza, y que podrían ser una referencia para un necesario -e inevitable- trabajo de comisariado.

Pero, como demuestra la lista de futuras adquisiciones, estamos sólo ante el inicio de Château La Coste. Pabellones de Sou Fujimoto, Kengo Kuma, Sanaa, Toyo Ito y Junya Ishigami y edificios de Renzo Piano y Oscar Niemeyer, pronto formarán parte de esta colección de arquitectura contemporánea. El dominio incluye, además, un restaurante, una tienda de libros, un espacio para la cata de vino y, próximamente, hasta un hotel. Y es que, si bien aspira a ser heredero de la tipología de museo al aire libre que nos ha regalado lugares tan fascinantes como el Museo Kröller-Müller en Holanda, Château La Coste tiene su verdadero *alter ego* en el Museum Insel Hombroich, propiedad del agente de bienes raíces Karl Heinrich Müller y fruto de una pasión por el coleccionismo que converge con la inversión inmobiliaria.

McKillen lleva más de treinta años adquiriendo y construyendo hoteles, tiendas y edificios comerciales de alta gama, primero en Irlanda y más tarde en las principales capitales europeas, Estados Unidos y en el continente asiático. Es conocido no por los negocios de enriquecimiento súbito, sino por inversiones a largo plazo, que le permiten incrementar el valor de sus activos gradualmente. Ha sido Château La Coste el proyecto que le ha permitido pasar de promotor a mecenas, e introducirse en el club selecto, y reducido, de los coleccionistas de arquitectura de autor -especialmente pabellones-, al que pertenecen grandes nombres del panorama cultural europeo como Peter Palumbo, Francesca von Habsburg o Maya Hoffman, y que participan de esta tendencia actual por la cual parece que exhibir arquitectura ya solo puede hacerse mostrándola a su escala real.

De hecho, la colección de arquitectura a escala 1:1 de Château La Coste podría entenderse como consecuencia de dos circunstancias que afectan las políticas de las instituciones culturales. Por un lado, el creciente éxito de las instalaciones y pabellones temporales, que pone de manifiesto que nuestra época no es una de permanencia sino de circulación e impacto. Paradójicamente, y como demuestran las obras de Ishigami y Gehry para Château La Coste, en muchas ocasiones esas arquitecturas efímeras -concebidas como experimentos que buscan hacer avanzar la disciplina-, aseguran su supervivencia pasando a formar parte de colecciones privadas donde su valor de uso queda generalmente en suspenso a favor del valor meramente expositivo. Por otro, precisamente en este momento en el que los museos públicos necesitan un mayor apoyo a través de donaciones o patrocinios, los coleccionistas privados han descubierto los beneficios que supone la creación de un museo propio: poder y visibilidad asegurada de su colección.

La sombra de McKillen es alargada, y nos conduce desde la Bienal de Venecia e Ishigami hasta el Londres pre-olímpico. A finales de mayo se inauguraba el pabellón de la Serpentine Gallery, este año diseñado por los suizos Herzog y de Meroun junto con el artista chino Ai Weiwei quien, por motivos políticos, no fue autorizado a salir de su país y unirse a las celebraciones. En el interior de la estructura excavada -construida a partir de las huellas y fragmentos de los once pabellones anteriores que, como ocurre con el firmado por Gehry, se conservan en manos de coleccionistas- y colocado sobre un atril, estaba el libro de firmas. En una de las primeras hojas podía leerse. “Hola Weiwei. Te echamos de menos, espero verte pronto en Château La Coste. Por favor, date prisa!” Firmaba Patrick McKillen.